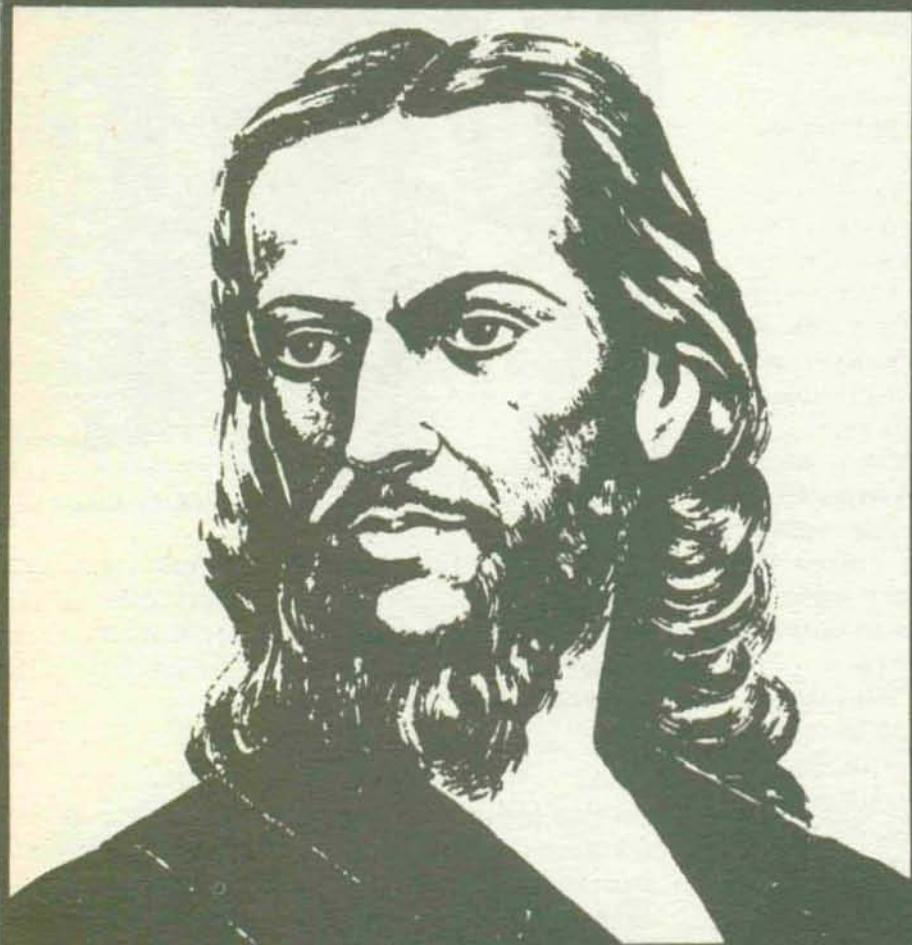


# Tiradentes



## una revolución traicionada

**Nelson Martínez Díaz**

### **Brasil colonial: una sociedad de amos y esclavos**

Durante un largo período, la estructura económica de las colonias portuguesas en Brasil estuvo sustentada en la

caña de azúcar, complementada con el tabaco, el algodón y el cacao. Los ingenios azucareros ocupaban considerables extensiones rurales donde se utilizaba, casi exclusivamente, la mano de obra proporcionada por los esclavos negros para el trabajo en la plantación, los talleres, molinos,

refinerías y depósitos de caña y melaza. La consolidación de esta economía esclavista labró las inmensas fortunas de muchos dueños de la tierra y, poco a poco, la región cañera de Bahía y del nordeste, se fue poblando con una aristocracia rural integrada por un reducido núcleo de familias a quienes se llamó «señores del ingenio». Estos poderosos terratenientes se organizaron socialmente sobre la base de una autoridad instalada en verdaderos feudos y apoyada en un sistema patriarcal, que se ha extendido en el tiempo hasta el Brasil contemporáneo. Su poder, entonces, no se explicaba tan sólo por la extensión de sus propiedades, sino también por la existencia de una acentuada segregación social, fundamento indiscutible del dominio que el hombre blanco ejercía sobre una creciente población esclavizada en las costas africanas y llevada hasta las plantaciones. Las aspiraciones, incluso, por conformar un estilo de vida aristocrático en el medio rural nos ha legado el cuadro insólito de unos personajes vestidos con sedas y terciopelos, luciendo abanicos y pelucas empolvadas, como si se encontraran en los salones de la corte portuguesa. Esta fue, justamente, la tónica que distinguía la vida colonial: «de un lado abundancia, prosperidad y gran actividad económica; del otro la falta de satisfacción de la más elemental necesidad de la gran masa de la población: el hambre» (1). Eran otras las formas de vida que se desarrollaban en las regiones ganaderas. El sertao servía, en este aspecto, como factor de igualación social, aunque la explotación del esclavo negro estuvo revestida de los mismos caracteres de

(1) Caio Prado Junior, *Historia económica del Brasil*, Buenos Aires, Futuro, 1960, pág. 47.



duresza. El desarrollo de la ganadería entró en conflicto, desde sus comienzos, con los cultivadores de caña, principalmente en el territorio de Bahía y todo el nordeste de Brasil. Lentamente, relegada a segundo plano por decisiones metropolitanas que apoyaban la economía exportadora del azúcar, los ganaderos debieron internarse en el sertao, abriendo brecha en los

esposos matorrales y alejándose de la costa. En el sur, el desarrollo de San Pablo ampliaba sus dominios, empujado por la incansable actividad de los **bandeirantes** (2), dirigiéndose hacia el

(2) *Los bandeirantes, se denominaba a grupos de aventureros que se internaban en las regiones desérticas de Brasil, o en la vegetación del sertao, con la finalidad de hacer fortuna. Unas veces atacaron las reducciones jesuíticas, otras se dedicaron a cazar esclavos, pero generalmente buscaban lugares donde exis-*

norte, en la región de la Amazonia, aunque también se orientaron hacia el Río de la Plata. Este será, *en definitiva*, el proceso que dará lugar a la creación de tres nuevas pro-

*tiera oro. Marchaban en fila, y delante cabalgaba un jinete con una bandera —de ahí el nombre— redoblando los tambores que transportaban, para mantener la fatigosa marcha a través de las selvas. Fundaron pueblos, a veces, y otras los arrasaron para saquearlos, pero contribuyeron a incorporar valiosas regiones a la corona portuguesa.*



Brasil, dominio portugués hasta 1822, y el Estado actual de Minas Gerais, donde se desarrolló la «Conjuración Minera».





Emigrantes que provenían de todas las regiones de Brasil se dirigieron a la región minera, en busca de rápida fortuna.



El rey Don José I de Portugal, perteneciente a la Casa de Bragança (1750-1777).

vincias del interior de Brasil: Mato Grosso, Goiás y, especialmente, Minas Gerais, llamada a jugar un papel de gran importancia por la existencia de grandes yacimientos de oro y, también, aunque en menor importancia, de diamantes. La noticia del descubrimiento de las minas de oro provocará un intenso cambio, con graves repercusiones a largo plazo sobre la economía colonial, debido a que la extracción del mineral estuvo, durante la mayor parte del siglo XVIII, en sitial de preferencia, lo que ocasionó el deterioro de otras fuerzas económicas de la colonia.

### La fiebre del oro

Una de las grandes frustraciones de la colonización portuguesa en América fue, durante largos períodos, la aparente inexistencia de oro en sus territorios. La resonancia de las riquezas auríferas explotadas por España en México y Perú, tornaba aún más sensible el fracaso de los lusitanos para



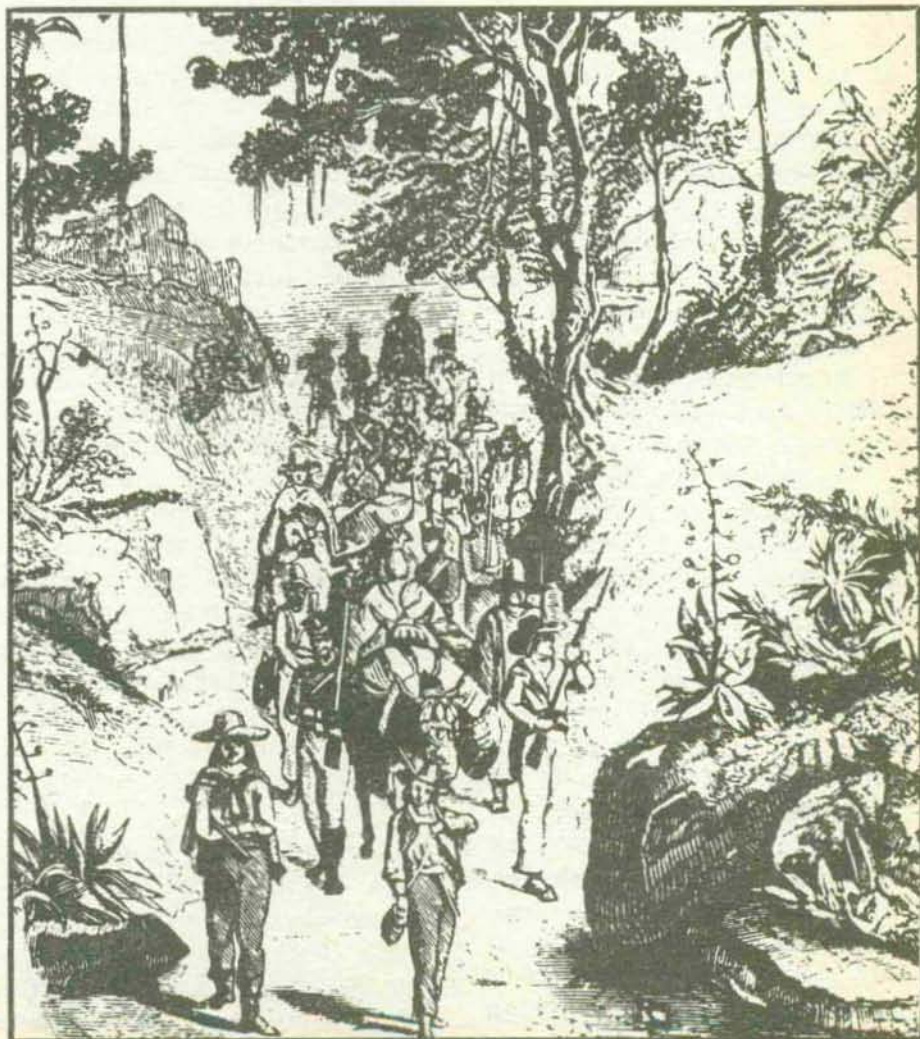
hacerse con el codiciado mineral. Uno de los objetivos de la **bandeira**, precisamente, era explorar las regiones interiores en busca de zonas auríferas, al tiempo que reducían al cautiverio a los indígenas que apresaban. Finalmente, hacia las postrimerías del siglo XVII, integrantes de una **bandeira** regresaron a San Pablo con las primeras noticias de haber descubierto importantes yacimientos de oro. Las continuadas excursiones que esta novedad provocó hicieron aflorar, en la región que hoy se conoce como Estado de Minas Gerais, variedades auríferas entre las que se encontraba el **ouro preto** (oro negro), de rica composición. Los descubrimientos interesaron inmediatamente a Portugal, y pronto la corona desarrolló un sistema administrativo destinado a ejercer el máximo control sobre las riquezas que se extrajeran de las minas, con la finalidad de impedir que estas tuvieran otro destino que la Corte lusitana. Cuando las noticias cobraron vigor, innumerables expediciones partieron desde distintos puntos de Brasil hacia la región donde se encontraban las codiciadas vetas. En estas verdaderas caravanas participaron blancos (con sus esclavos negros), mestizos e indígenas; viajaban en ellas militares, sacerdotes, agricultores que abandonaban sus haciendas con la ilusión de enriquecerse rápidamente, y, desde luego, una infinita variedad de aventureros: «La afluencia de la población hacia las minas fue considerable desde comienzos del siglo XVIII; un **rush** de proporciones gigantescas que, con relación a las condiciones de las colonias, fue aún más acentuado y violento que el famoso **rush** californiano del siglo XIX. Sólo esto sería suficiente para desequilibrar la vida del

país y transformar completamente su aspecto» (3). Los efectos fueron impresionantes. Por un lado, las migraciones internas provocadas por el incentivo del oro hicieron que se poblara, aunque sin densidad, un enorme territorio hasta entonces deshabitado; por otro, este impulso determinó que la colonización portuguesa se internara en el continente sudamericano, incorporando tierras a la corona. Las transformaciones en la economía de la colonia afectaron también a los centros políticos, desde el momento en que la capital, situada en Bahía, fue transferida a Rio de Janeiro desde 1763. Hasta entonces, el eje económico estuvo situado en el norte, en el sector azucarero; ahora se

(3) *Caio Prado Junior, op. cit., pág. 70.*

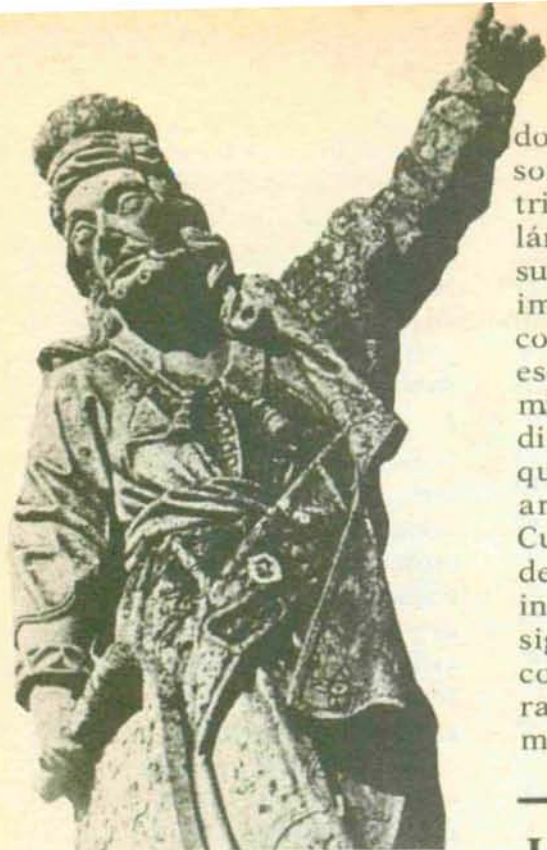
trasladaba a la región minera. La necesidad de una fácil comunicación de la producción de oro y diamantes con un puerto de salida convertirá a Rio, desde entonces, en el principal núcleo urbano colonial.

La corona portuguesa estableció, como ya hemos señalado, un control mediante la creación de una administración especial para la minería, cosa que no había ocurrido durante los ciclos económicos anteriores. Se inauguró la Intendencia de Minas —de hecho se creó una intendencia en cada capitania donde se descubría oro—, y este organismo estaba encargado de fiscalizar todo lo relacionado con la explotación y cobrar el tributo real, denominado **quinto**, puesto que ascendía al 20 por



El transporte del oro y los diamantes que se obtenían en Minas Gerais era celosamente custodiado por las fuerzas portuguesas.





La expansión de las fortunas mineras hizo la prosperidad de Villa Rica (hoy: Ouro Preto); el «Aleijadinho» creó esculturas como ésta, que se encuentra en Congonhas, frente a la basílica, y que representa a uno de los Profetas.

100 de lo extraído de las minas. Para evitar la evasión del metal se crearon las Casas de Fundición, donde era obligado almacenar el oro conseguido por los mineros para reducirlo a barras marcadas con el sello real; una vez efectuada esta operación, el mismo era devuelto al propietario y podía circular libremente. Pero la Real Hacienda utilizó también otros medios: «Como el oro era un artículo fácil de esconder gracias a su alto valor en pequeños volúmenes. Y para obviar los contrabandos que, a pesar de toda fiscalización se verificasen, se fijó una cuota anual mínima que el producto del quinto debía necesariamente alcanzar. Esta cuota, después de algunas oscilaciones, fue calculada en cien arrobas (unos 1.500 kilos). Cuando el quinto no llegaba a estas cien arrobas, procedíase al derrame, esto es, se obligaba a la población a completar la suma. No había reglamentos especiales para los procedimientos destina-

dos a conseguirlo. Cada persona, minero o no, debía contribuir con alguna cosa, calculándose más o menos al azar sus posibilidades. Se creaban impuestos especiales sobre el comercio, casas de negocio, esclavos, tránsito por los caminos, etc. Cualquier procedimiento era lícito, siempre que se completasen las cien arrobas del tributo» (4). Cuando el ciclo descendente de la producción aurífera se inició, en la segunda mitad del siglo XVIII, la **derrama** se convirtió en un abuso intolerable para las poblaciones mineras.

---

## Un siglo de conflictos e insurrecciones

---

El siglo XVIII se inicia con una serie de pruebas de fuerza entre portugueses y nativos de Brasil. Las necesidades de la corte lusitana se satisfacían —durante el período de Juan V de Portugal— con las fabulosas riquezas que las minas brasileñas proporcionaban a la metrópoli. Ciertamente, en definitiva, esta prosperidad sólo brillaba en los salones de palacio, puesto que su destino final era Inglaterra u Holanda, principales proveedores del Imperio. Justamente, durante el reinado de este monarca tuvieron lugar los primeros levantamientos contra la explotación portuguesa. No todos ellos revistieron, por supuesto, un carácter separatista; pero a lo largo del siglo esta idea será madurada en un lento cambio de las mentalidades.

Revueltas bien focalizadas, pero significativas, fueron marcando la marcha del siglo, hasta llegar a la encabezada por Tiradentes. La primera de ellas tuvo como escenario,

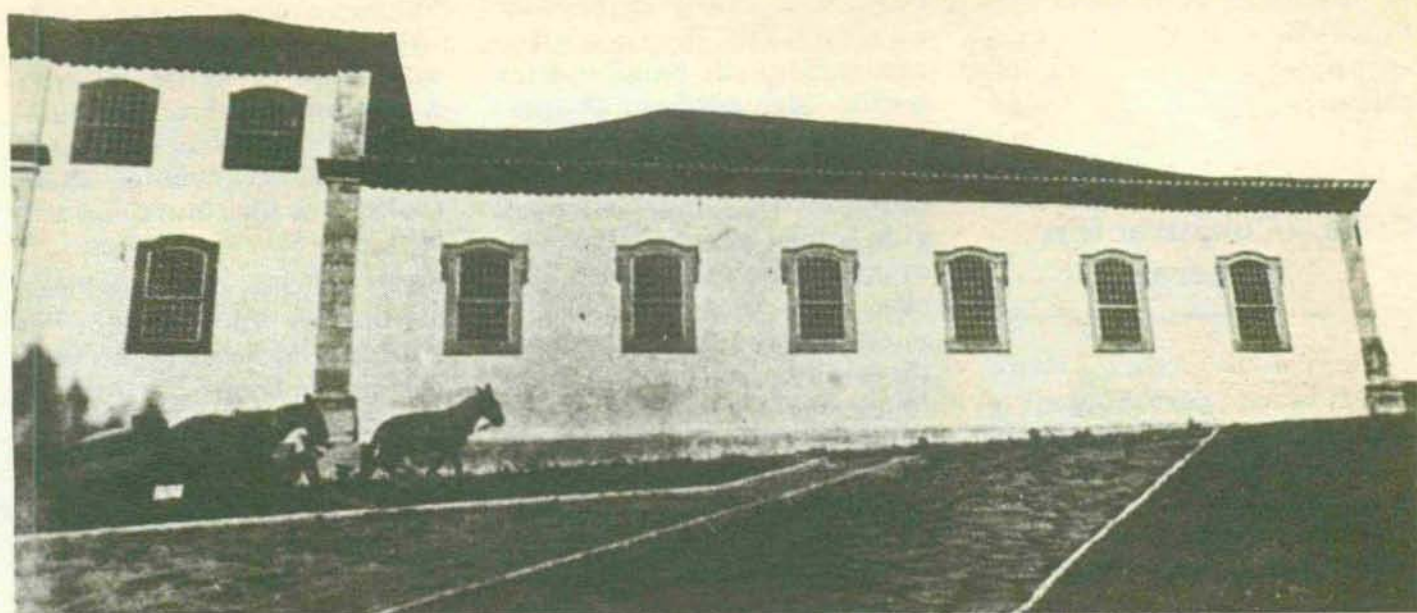
(4) *Ibidem*, págs. 64-65.

precisamente, a Minas Gerais. Se inició en 1708 y estuvo dirigida contra los forasteros, procedentes de Portugal, e incluso de otras regiones del mismo Brasil, que intentaban dedicarse a la explotación aurífera. Los paulistas, que habían capitalizado para sí el resultado de las expediciones organizadas por los bandeirantes, defendían la legitimidad de su derecho a la explotación en exclusividad de las minas de oro. La animosidad contra los **emboadas** —como se les llamó a los forasteros— se transformó por fin en lucha armada. El resultado final, una vez terminado el conflicto, fue la creación, separándola de San Pablo, de la Capitanía de las Minas del Ouro.

El segundo episodio de violencia se generó en Pernambuco, entre 1710 y 1711. La aristocracia cañera se enfrentó con los comerciantes y prestamistas portugueses de la ciudad de Recife, que a través del financiamiento de las operaciones en sus ingenios, les mantenían endeudados. En realidad, se trataba de una verdadera lucha de clases entre aristocracia rural y burguesía comercial y financiera: los primeros, instalados en Olinda, antigua villa habitada por los dueños de los ingenios; los segundos, desarrollando sus actividades en Recife, convertida en activo centro de comercio. La intervención de las fuerzas enviadas desde Portugal obligó a replegarse a los cañeros, que habían sitiado a Recife. Pero este nuevo suceso hizo germinar en los nativos la idea de que era necesario lograr una autonomía de la metrópoli.

Un nuevo conflicto que tuvo como escenario a Minas Gerais estalló en 1720; esta vez, vinculado con la obligación de presentar el oro en las Casas de Fundición. El centro de la



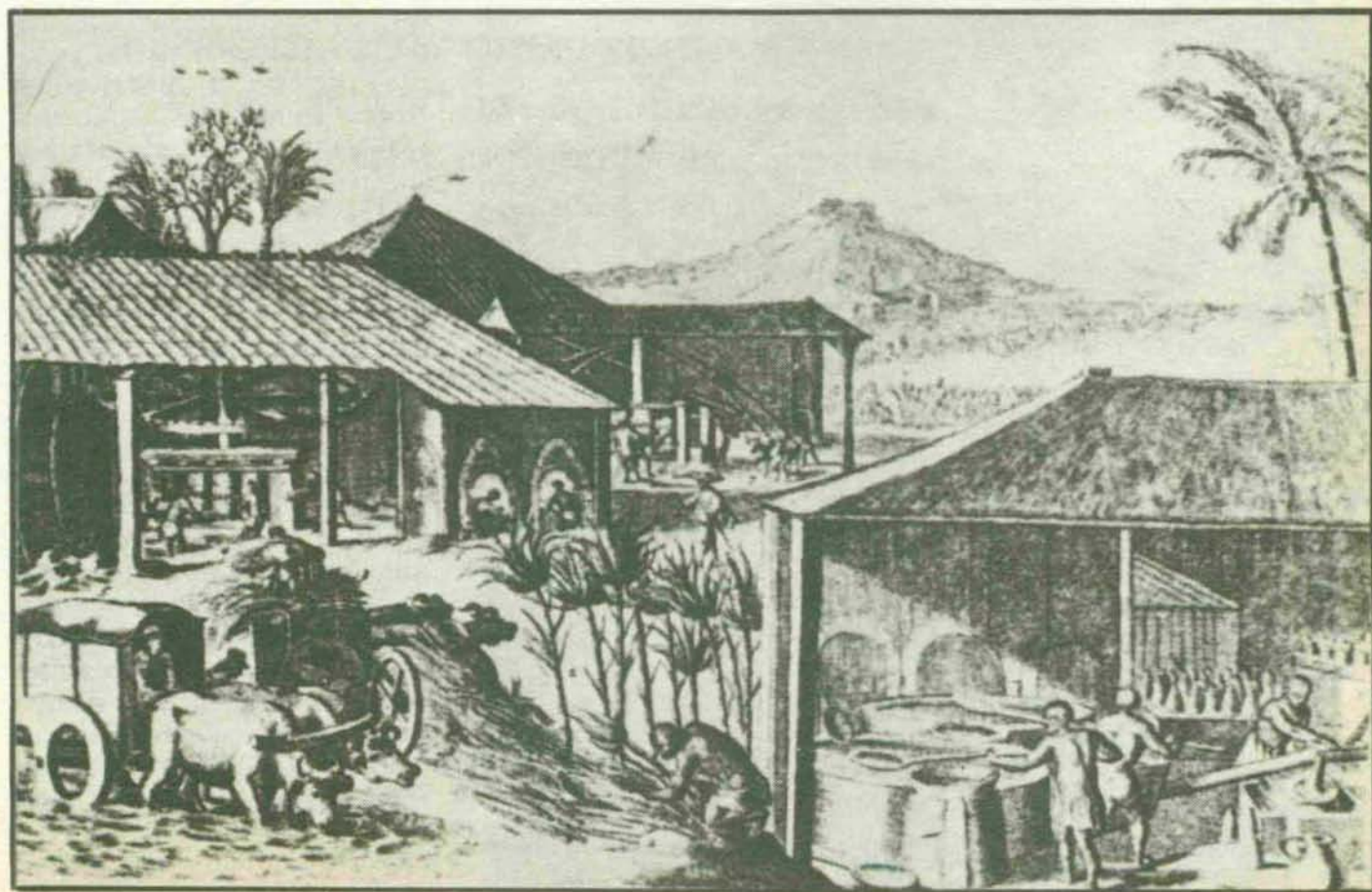


La casa de Tiradentes, actualmente reconstruida.

revuelta fue Villa Rica, la actual ciudad de Ouro Preto. Los mineros consideraban que el impuesto del 20 por 100 que establecía la corona era una verdadera expropiación y la revuelta triunfó, en su primera etapa, por lo que el goberna-

dor, conde de Assumar, debió someterse a las exigencias de los sublevados, derogando las disposiciones más gravosas para sus intereses. Pero Assumar, una vez recobrada cierta libertad de maniobra, hizo prender a los principales entre

los insurrectos, penetró con sus tropas en Villa Rica, incendió las casas de los opositores, y ejecutó bárbaramente a uno de los cabecillas para escarmiento de la población. Entre tanto, la producción aurífera seguía afluyendo hacia



Esclavos negros trabajando en el molino de azúcar en una plantación.



la metrópoli, pero hacia mediados de siglo las minas comenzaron a acusar su agotamiento.

## La «Conjuración Minera»

Los sucesivos conflictos entre autoridades portuguesas y mineros, así como la violencia de la represión contra ellos desatada, no podía sino acrecer el resentimiento de los habitantes de la región de Minas Gerais. Villa Rica de Nuestra Señora del Pilar de Ouro Preto, como fue bautizada durante la época del descubrimiento de las minas auríferas, se había convertido en una

pequeña ciudad al promediar el siglo XVIII. De primitivo campamento de bandeirantes había ido conformándose, poco a poco, en un casco urbano que lucía cierta bonanza económica y poseía, además, vida intelectual de interés. El espíritu religioso levantó iglesias, cuyo estilo, el barroco «manuelino», sería trascendido en tiempos de Juan V por un gusto algo afrancesado. Edificios como la Casa de los Gobernadores y la Casa dos Contos, exhibían una intención de prestigio civil que se continuaba en los ricos interiores de las casas pertenecientes a particulares. A la actividad de un hombre excepcional, que lucía sus dotes como escultor, tallista y aun arquitecto, debe la región de

Minas Gerais muchos de sus valores artísticos perdurables. Ouro Preto fue un lugar donde Antonio Francisco Lisboa, «Aleijadinho» —como le denominaba el pueblo— desarrolló buena parte de su obra (5).

Para muchos historiadores, los sucesos políticos de la Revolución Francesa repercutieron en la juventud y los intelectuales de la región minera. En general, el esquema utilizado para explicar los acontecimientos que desembocaron en la «conjuración minera», tiene similitud con el que ha sido configurado para el desarrollo de las tendencias emancipadoras en los dominios españoles de América. Se ha señalado la existencia, en Coimbra, de una docena de estudiantes brasileños que alentaban la idea de lograr la independencia de Brasil. Muchos de ellos habían residido en Francia, prosiguiendo estudios, y allí vivieron el fervor que despertaban las noticias de la revolución de las colonias inglesas en América del Norte. Entre ellos, se encontraba Domingos Vidal Barbosa, nacido precisamente en Minas Gerais; José Mariano Leal, oriundo de Río de Janeiro, y José Joaquim da Maia, también natural de la ciudad carioca. Este último, se puso en contacto epistolar con Thomas Jefferson, entonces plenipotenciario de los recién creados Estados Unidos, en París. Maia recabó el apoyo de la joven nación nortea para una eventual empresa de liberación de Brasil, a la que Jefferson respondió, con tino diplomático, que si los brasileños conquistaban por sí mismos la independencia, su nación les reconocería inmediatamente, pero, entanto, nada



La reina de Portugal, Doña María I (1777-1792), con su tío y marido Don Pedro III.

(5) Leon Tenenbaum, *Titadentes*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, p. 52-53.



era posible hacer atento a que su país se encontraba en paz con Portugal (6). Hubo, sin embargo, un posterior encuentro, en Nimes, entre ambos, en el cual Maia describió el cuadro de posibilidades potenciales de Brasil, así como el anhelo de independencia que animaba a muchas fuerzas sociales, entre ellas, los intelectuales. El resultado de la conferencia no cambió las cosas y poco tiempo después, Maia fallecía en la ciudad de Lisboa.

Pero Domingos Vidal Barbosa, doctorado en medicina en Burdeos, regresó a Minas Gerais, así como el igualmente graduado José Alvarez Maciel, oriundo de Villa Rica. Este último, después de estudiar filosofía en Coimbra, se trasladó a Inglaterra, donde desarrolló conocimientos en mineralogía e ingeniería. Volvía, asimismo, a Brasil, con ambiciosos proyectos de emancipación para su país. Los hijos de los ricos propietarios de yacimientos se convertían, entonces, en vehículo de las noticias revolucionarias e, incluso, de las nuevas ideas lanzadas por los enciclopedistas franceses. Entretanto, había tomado posesión del gobierno de la Capitanía de Minas el vizconde de Barbacena, don Luis Antonio Furtado de Mendonça, desde julio de 1788. Minas Gerais adeudaba a la corona, por diversos quintos impagos, una crecida suma acumulada durante varios años debido a la decadencia de la minería. A su llegada a Villa Rica, el vizconde de Barbacena estaba munido de instrucciones para hacer efectivo el cobro compulsivo del impuesto. Como se tenía experiencia, el método a seguir sería la aplicación de la «derrama», vale decir, la ejecución del cobro por la confis-



Una muestra del barroco portugués. La Iglesia de San Francisco, en Ouro Preto.

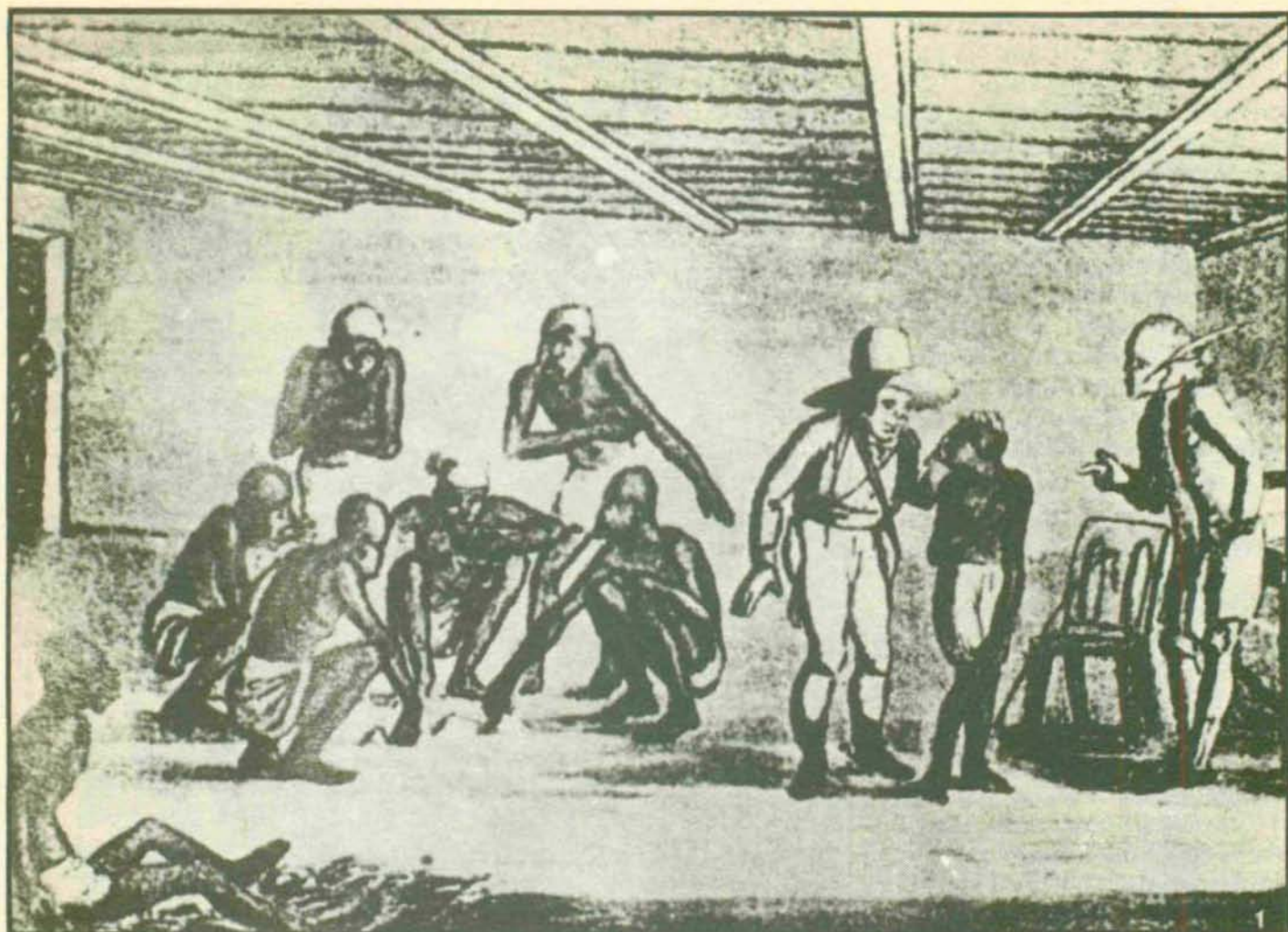
cación de los bienes de aquellos que no se encontraran en condiciones de pagar en metálico. No era la primera vez que tal método era resistido por los mineros —tanto así que la monarquía portuguesa espaciaba lo más posible su utilización—, y pronto cristalizó la idea de oponerse por medio de la fuerza entre los pobladores. Con los socavones mineros en plena crisis, lo que no era al fin más que una secuela del sistema de monopolio, el conocimiento de las medidas que preparaba el gobernador militar aumentó el malestar y co-

menzó a gestarse un movimiento clandestino que se conoció como la «Inconfidencia».

El núcleo formativo de la conspiración estaba formado por hombres ilustres de Villa Rica, como los poetas Claudio Manuel da Costa, Ignacio José de Alvarenga Peixoto y, aunque menos comprometido con el movimiento, Tomás Antonio Gonzaga. El joven doctor José Alvarez Maciel animó las reuniones con el fervor de sus ideas, al igual que el médico Domingos Vidal Barbosa, y a la conspiración se sumaron

(6) Francisco Adolfo Varnhagen, *Historia General do Brasil*, vol. IV, São Paulo, 1975, pág. 307.





Escena frecuente en la sociedad colonial. Venta de esclavos.

algunos clérigos, como el Canónigo Luis Vieira da Silva y los padres Carlos Correa de Toledo e Mello, y José da Silva Oliveira Rollin. Militares se hicieron también presentes, entre ellos los tenientes coroneles Francisco de Paula Freire de Andrade, Domingos de Abrau Viera, y otros de menor grado, entre los que se encontraba un alférez de caballería: Joaquim José da Silva Xavier, también llamado **Tiradentes**, en razón del oficio de dentista que ejercía.

---

### **Tiradentes: independencia y república**

---

El alférez había nacido en la fazenda de Pombal, situada

sobre la margen derecha del Río das Mortes, cerca de San Juan del Rey, el 12 de noviembre de 1746. Su familia era de condición humilde, y al quedar huérfano cuando tenía nueve años, prosiguió al cuidado de dos de sus hermanos mayores, ambos sacerdotes. La instrucción que pudo recibir Joaquim José da Silva Xavier fue muy rudimentaria; practicó diversas actividades en el curso de su vida: vendedor ambulante, minero, dentista, y finalmente abrazó la carrera militar, sirviendo en el Regimiento de Dragones de Caballería, en Minas Gerais. Llegó a obtener el grado de Alférez, puesto que desempeñó hasta que fue apresado en 1789. La carencia de titulación universitaria era, para un nativo en el orden colonial, una barrera infranqueable

para ocupar cargos públicos. Las ideas que José Alvarez Maciel difundía acerca de la libertad y los valores republicanos, y el clima que se respiraba en Minas Gerais, hicieron de Tiradentes el mayor propagandista de las fórmulas revolucionarias. La insurrección, por otra parte, fue preparada cuidadosamente. El grupo intelectual parecía enervado por el entusiasmo ante la perspectiva de su desarrollo. En realidad, existía dos núcleos fundamentales: «El primero, el de los hombres de acción, integrado por quienes han de llevar al terreno de la realidad la idea del movimiento. El segundo, formado por intelectuales —poetas y abogados—, ocupados en especulaciones teóricas al principio, se dedicará después al planeamiento de la organiza-



ción jurídica y económica del estado» (7). Los complotados resolvieron esperar el momento en que el gobernador anunciara la aplicación de la «derrama», tan odiada por la población. El movimiento revolucionario se pondría en marcha, inmediatamente, consumando la captura de Luis Antonio Furtado de Mendonça. Tiradentes estaba encargado de llevar a cabo la peligrosa misión, y una vez cumplida, se ganaría la adhesión popular al grito de «libertad»; se descontaba que la población de Villa Rica ganaría las calles en apoyo del impulso revolucionario. Francisco de Paula Freire de Andrade, uno de los militares complotados, ocuparía la ciudad al mando de sus tropas bajo la consigna de restablecer el orden, pero inmediatamente declarararía su apoyo al levantamiento. Los sacerdotes harían conocer su solidaridad con el movimiento, impulsando la sublevación popular en sus respectivas jurisdicciones, entre ellas, San Juan del Rey.

Desde el punto de vista logístico, estaba previsto el proceso inmediato. Una vez en marcha el levantamiento, el hacendado Domingos de Abreu Vieira transportaría la cantidad necesaria de pólvora hacia los frentes de combate que se establecieran para rechazar a las fuerzas portuguesas. Incluso estaba prevista la instalación de una fábrica de explosivos en lugar seguro de la retaguardia, para oponer una resistencia eficaz, y ésta sería una responsabilidad a cuidado del ingeniero José Alvarez Maciel.

El levantamiento no tendría éxito perdurable sin contar con un proyecto político a desarrollar. Y que los revolucio-

narios de Minas Gerais tenían claras sus responsabilidades de futuro, es visible en la serie de medidas decididas para el eventual triunfo de su causa. La forma de gobierno sería la republicana, según el acuerdo general de los complotados; la capital estaría instalada en San Juan del Rey, y se crearía una universidad en Villa Rica.

Una de las medidas que no logró el consenso general fue la decisión de decretar abolida la esclavitud; tal decisión fue postergada fundamentalmente por razones estratégicas, puesto que los revolucionarios sabían perfectamente que la sociedad minera esta-

ba fundada, también, sobre mano de obra esclava. Los símbolos nacionales, o de la insurrección en su primera época, fueron incluso discutidos. Finalmente, ganó cuerpo la idea de Tiradentes: una bandera blanca con un triángulo rojo que era el símbolo de la Santísima Trinidad.—aunque no ha faltado quien viera en él el triángulo masónico— a la cual se incorporaba una inscripción tomada de Virgilio y propuesta por el poeta Alvarenga: **Libertas ques sera Tanem** (Libertad, aunque tardía). Como puede verse, a pesar de sus connotaciones románticas, la «conjuración minera» no parece haber sido



Don Sebastián José de Carvalho e Melo, Marqués de Pombal, ministro del Rey José I, autor de importantes reformas político-administrativas en el ámbito de la corona portuguesa.

(7) Leon Tenenbaum, op. cit., pág. 63.



una acción programada al calor de un entusiasmo ingenuo. Tenemos que señalar aquí nuestra discrepancia con algunos trabajos que sólo han alcanzado a ver en ella una rebelión insensata, o poco meditada. Creemos, por el contrario, a la luz de las ideas manejadas por sus protagonistas, que se trataba de un plan meditado y maduro. En él se preveía no sólo la conquista del poder político, sino también los pasos posteriores para consolidar ese mismo poder. Por otra parte, existe un aspecto que parece haber sido ignorado por algunos historiadores a la hora de realizar

un balance. Se trata de la experiencia ya acumulada en la región de Minas Gerais durante las sucesivas revueltas anteriores contra la autoridad portuguesa, antes de llevar al programa revolucionario de la conjuración minera de 1789. Y no es poca casualidad que ésta, aún fracasada, se haya convertido en el antecedente más cercano del movimiento independentista de 1822.

---

### La revolución traicionada

---

El alférez Joaquim José da

Silva y Xavier se dirigió a Rio de Janeiro para asegurarse de que los planes, en los cuales se incluía la adhesión de ciertas fuerzas de la capital de la colonia, funcionarían adecuadamente. Lejos estaba Tiradentes de sospechar que éste sería su último viaje, que finalizaría con su prisión, junto a la de todos los comprometidos en la rebelión. En efecto, la delación consumada por algunos de los complotados echaría por tierra todo el andamiaje del movimiento minero. El primero de los delatores sería el coronel de un disuelto regimiento de auxiliares, Joaquim Silveiro dos Reis. Este



Lectura de la sentencia a los implicados en la «Conjuración Minera», cuadro del pintor brasileño Leopoldino de Faria (1880).



personaje, dedicado a los negocios, debía crecidas sumas al estado, y por medio de su acto esperaba obtener beneficios de la corona y la condonación de sus deudas. Cuando este hecho tenía lugar, corría el 15 de marzo de 1789; Barbacena, una vez en conocimiento de los sucesos que se avecinaban, dejó que la noticia de que la conspiración estaba al descubierto se difundiera por Villa Rica, esperando que así aparecerían nuevos delatores. No se equivocaba, en efecto, al primer denunciante siguieron otros dos: Basilio de Brito Malheiro do Lago, e Ignacio Correia Pamplona. Considerando que el tiempo era un factor de inapreciable importancia a partir de ese momento, Barbacena suspendió la aplicación de la «derrama», con lo cual desactivaba el detonador de la revolución, y dedicó sus esfuerzos a destruir la conspiración.

Cuando tienen lugar las primeras detenciones en Villa Rica, Tiradentes se encuentra en Río de Janeiro ajeno a los sucesos, aunque seguido de cerca por dos agentes del gobernador que estaban al tanto de sus propósitos. Por otra parte, la recepción que espera a la puesta en marcha de los planes revolucionarios es ahora distante; Río no parece estar demasiado dispuesta a unirse a la conjuración minera. Cuando Tiradentes decide regresar, se encuentra con que le han sido retenidos sus papeles. La señal era clara, y se instala clandestinamente en casa de un amigo. Ignorando lo que sucedía en Villa Rica, envía a un sacerdote, Ignacio Nogueira, en busca de Silveiro dos Reis, que se encontraba en la capital. Precisamente, se trataba de uno de los delatores, que intentaba conocer el paradero del alférez para redondear su traición. Detenido el



El rey Don Juan VI de Portugal. Regente desde 1792, por enfermedad de la reina María I, y rey desde 1816 a 1826.

sacerdote, fue sometido a tormento hasta que confesó el lugar donde se ocultaba Tiradentes.

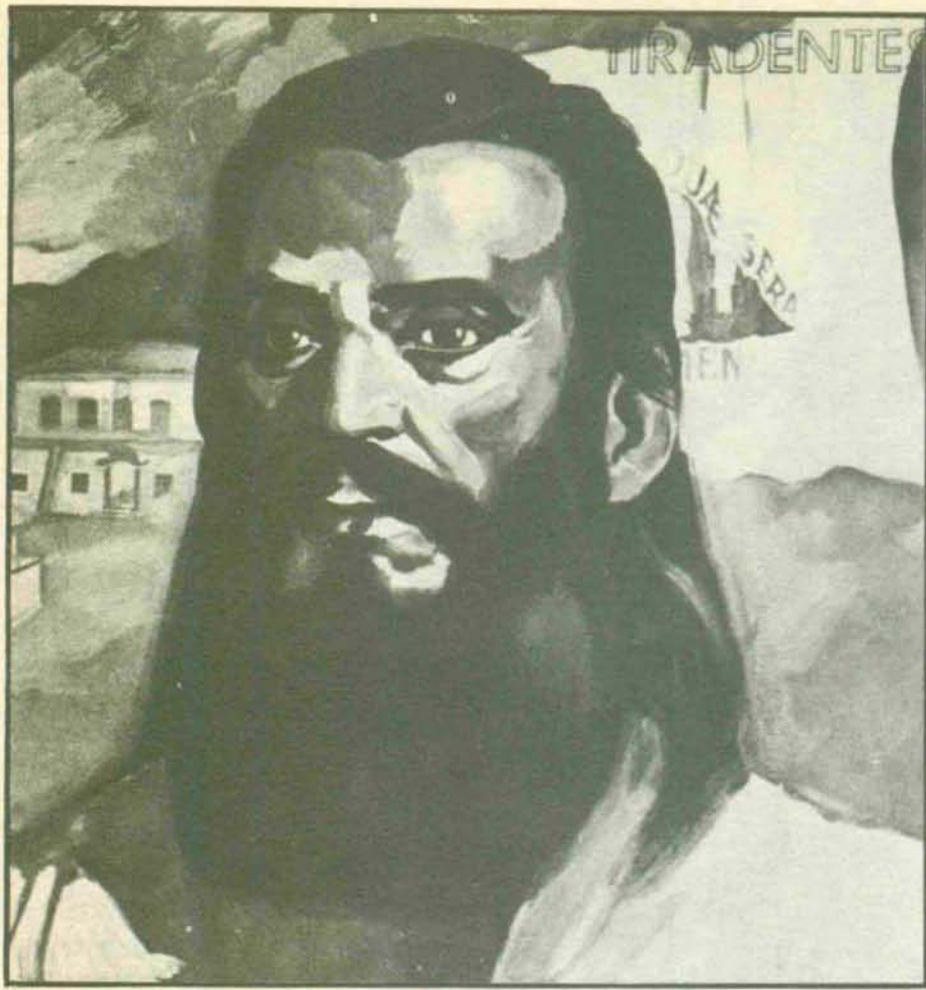
El juicio de los revolucionarios tuvo una duración de tres años, y fue llevado minuciosamente por jueces enviados de Portugal con instrucciones muy concretas. La sentencia fue leída a los procesados el 19 de abril de 1792. Resultaban condenados a muerte en la horca, Tiradentes, Alvarenga, Freire de Andrade, el doctor Maciel, Abreu Vieira, Vaz de Toledo, Oliveira López, Vidal Barbosa, los hermanos Rezendes y Amaral Gurmel. La pena comportaba la confiscación de los bienes y la infamación para hijos y nietos de los ejecutados. Una vez cumplida la pena de ahorcamiento, el cuerpo de Tiradentes sería decapitado y descuartizado.

Del expediente incoado en el proceso, se desprenden claudicaciones de muchos de los integrantes de la conspiración, buscando aliviar sus condenas. Tiradentes, sin em-



Plaza de Tiradentes, en Ouro Preto, ciudad donde se desarrolló la mayor parte de su actividad revolucionaria.





Grabado de Tiradentes. Detrás, la bandera blanca, con el triángulo y la divisa: «Libertad, aunque tardía».

bargo, no sólo se mantuvo firme, sino que se atribuyó la mayor parte de las responsabilidades en la actividad revolucionaria. La sociedad minera, no obstante, difícilmente vería morir de tal manera a lo mejor de su élite intelectual, e incluso sacerdotes y militares criollos, sin guardar un resentimiento profundo contra los ejecutores de tal hecho. Esto último no fue ignorado ni por los jueces ni por el abogado que siguió la defensa de los reos, ni por la misma corte portuguesa. El letrado que se encargó de la defensa procuró salvar a los elementos más representativos de la sociedad nativa, ofreciendo como presa a la justicia colonial a un criollo que no pertenecía a las familias patricias: el alférez Joaquim José da Silva Xavier. En cierta forma, se puede afirmar que el abogado de los

acusados escoge la víctima (8).

Por otro lado, los jueces dictaron la sentencia primera en conocimiento de que la voluntad de la reina, entonces María I de Portugal, había adelantado los procedimientos que facilitaban la conmutación de la pena de muerte. Fue, esta sentencia, entonces, un refinamiento de crueldad mental. Por carta regia del 15 de octubre de 1790, en efecto, se señalaban ya estos extremos (9). De modo que, pocas horas después, se comunicó a todos los condenados, menos a Tiradentes, que la pena de muerte se transformaba en prisión de duración variable.

(8) *Ibidem*, págs. 95-104.

(9) Francisco A. Varnhagen, *op. cit.*, vol. IV, pág. 320.

La justicia debía cobrar una víctima, y no por casualidad ésta fue el hombre que menos títulos tenía para defender en la sociedad que se había propuesto liberar. El 21 de abril de 1789, a las 11 de la mañana, fue designado para el suplicio de Tiradentes, en Río de Janeiro. Sin duda, el temor al pueblo era intenso, puesto que toda la tropa estaba apostada en las calles. Si el alférez Silva Xavier había demostrado su valor escuchando sin temblar la sentencia, lo dejaría afirmado durante la ejecución: sólo pidió a su verdugo que hiciera breve el suplicio. El ensañamiento con el cadáver fue todo un exponente de la crueldad del régimen. Ajusticiado en Río, su cuerpo fue descuartizado; su cabeza expuesta en Ouro Preto, y piernas y brazos diseminados por el territorio de Minas Gerais para servir de escarmiento. Su casa fue arrasada, y su descendencia declarada infame.

Desde luego, Tiradentes no fue un teórico revolucionario, sino un hombre de acción que siguió con fidelidad ideales que, en definitiva, entrarían en la escena histórica en un futuro muy cercano. Uno de los primeros actos de los protagonistas del Grito de Ipiranga, que en septiembre de 1822 proclama la libertad e independencia de Brasil, fue demoler el monolito que infamaba la memoria de Tiradentes. A pesar de los desdichados versos del poeta Tomás Gonzaga en la prisión, que lo pintaban como «pobre, sin respeto y loco», el pueblo, que suele escoger a sus héroes, restableció el significado que el alférez de Minas Gerais tenía en la lucha por la emancipación. Hoy en día, una de las ciudades de Minas Gerais lleva el nombre de Tiradentes, el igual que una de las plazas de Río de Janeiro. ■ N. M. D.